Año IX — Barcelona 7 de Febrero de 1912 — Epoca 4.ª—Número 95

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos | Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.°, 1.ª

Paquetes de 30 ejemplares . . . 1'00 ptas
Suscripción: España un trimestre . 1'00 »
» Extranjero » . 1'50 »

Los sucesos de Portugal

Con la huelga general revolucionaria planteada últimamente por la «Unión y Federación de Sindicatos» y secundada por casi todos los oficios, el pueblo portugués ha demostrado su convicción en la lucha de clases, su vitalidad en las modernas corrientes del sindicalismo netamente emancipador y el odio contra el bárbaro despotismo que ejercen los primates de la república portuguesa sobre los oprimidos.

Aquí tienen el gran estudio todos aquellos que pretenden ver en la república el mejoramiento moral y material de la clase desheredada. En esa joven república sus prohombres ya llevan sus manos ensangrentadas á consecuencia de las víctimas proletarias, de la sangre vertida por los hijos del pueblo en las luchas entabladas contra la usurpación.

Las mismas armas que sirvieron para arrancar del trono al monarca Manuel, las mismas armas con que el pueblo luchó para instaurar la república, son precisamente las que sirven en la actualidad para ametrallar al proletariado. Tomad nota, obreros republicanos, y no olvidéis que vuestro ideal es vuestro mayor tirano.

En las cárceles y en los buques de guerra entran á centenares los prisioneros, menos mal que los cosacos se llaman guardia republicana. Estas injusticias hay quien trata de desvirtuarlas, hay quien tiene grandísimo interés en que no se sepan. Y no solamente tienden á sepultarlas en sus escritos, sino que lanzan calumnias contra los promovedores del movimiento obrero que nos ocupa.

Algunos sinvergüenzas de esta localidad que tienen gran prestigio entre la masa, han supuesto maliciosamente en sus libelos que el movimiento revolucionario de Portugal obedecía á manejos monáquicos, sirviendo de cabezas de turcos los sindicalistas y anarquistas de aquel país. Sépanlo bien esos canallas que blasonan de protectores del pueblo, que los anarquistas en ninguna parte servimos de instrumentos palaciegos á ningún partido, ya sea éste monárquico, republicano ó socialista. Entiéndanlo bien esos farsantes: los anarquistas no nos prestamos para servir de testaferros á los reaccionarios llámense como quieran. Nosotros no somos los juguetes de los mercachifles, ni materia apropiada para dejarnos sorprender por esa farándula de embaucadores de la política; el que tal infamia lanza contra los ácratas merece el calificativo de embustero.

Nuestra actuación en todos los movimientos populares es simplemente como revolucionarios, teniendo por norma encauzarlos hacia la finalidad de la sociedad futura, para lograr el bienestar general. Hay más todavía. Con toda la frescura que caracteriza á los tipos indecentes, sueltan las frases de que los anarquistas sólo combatimos la idea republicana por odio á Lerroux. El que tal escribe contra los anarquistas es un comerciante de la benevolencia de los explotados ó un negociante de la clase trabajadora. Nosotros combatimos la república por que la consideramos tan explotadora como la monarquía absoluta; nosotros combatimos á sus jefes por considerarlos como dignos representantes de la tiranía. Y para no ir más lejos, ahí tenéis la obra de los republicanos portugueses.

En la vecina nación portuguesa se suceden los movimientos huelguísticos acompañados de sacudidas violentas. Desde hace algunos años, el obrero portugués viene luchando abiertamente en la vanguardia del progreso emancipador contra todo lo que significa opresión y tiranía. Hace tres ó cuatro años dió patente prueba de ello atentando contra la familia de los Braganzas é imposibilitando la vida al frente del ministerio á aquel célebre monstruo llamado *Joan Franco*. Poco tiempo después, ese mismo pueblo se sublevó contra el heredero de la corona destronándolo para siempre. Aprovechando estas circunstancias, los políticos lograron implantar la república y acallar los gestos rebeldes de las turbas sedientas de liberación, prometiéndoles libertad por arriba, igualdad por abajo y justicia... por los lados. Efectivamente, las promesas no han traspasado sus límites. La libertad de imprenta es un embuste; el derecho de asociación no es válido, por cuanto clausuran los centros cuando les da la gana; la igualdan no existe, y es inútil que demos pruebas, y la justicia la suministran á sablazos y á tiros.

¿Qué justicia puede existir en un país donde los gobernadores cobran cantidades de los burgueses por defenderlos en las luchas entre el capital y el trabajo? ¿Qué igualdad es esa que permite á los capitalistas explotar el sudor ajeno? ¿Qué libertad facilitan al pueblo que les encumbro al pedestal? Ninguna, á no ser que entiendan por justicia ametrallar á sus semejantes, por igualdad el robo y por libertad las cadenas. Si existiese esta hermosa trilogía, no tendrían razón de ser estas contiendas entre obreros y burgueses.

Esto es sencillamente lo que pasa en Portugal y en todos los estados constituídos. Debido á estas anomalías el pueblo se rebela.

En vista de los atropellos é iniquidades que con el pueblo cometen los caciques y magnates de la joven república, los elementos avanzados que patrocinan la «Unión y Federación de los Sindicatos», pensaron durante los últimos días de la semana anterior poner en antecedentes á sus compañeros de explotación y proponerles la conveniencia de ir á la huelga general revolucionaria á fin de poner coto á la tiranía de los nuevos gobernantes. La huelga ha sido un hecho, empleando los obreros como única arma de combate la acción directa con todas sus consecuencias. En diversos puntos de la república han hecho sentir sus efectos de forma tal, que á los directores del nuevo régimen les preocupa hondamente este movimiento puramente sindicalista. Estos farsantes, al empuñar el poder de la nación, creyeron que el pueblo se alimentaba con vanas promesas, lo cual comprenderán que en los tiempos por que atravesamos no es tan fácil como antes entretener al oprimido por medio de las *gábulas democráticas*. Hoy el obrero comprende cual es su verdadero camino y declara fuego graneado contra todo lo existente.

Pero no es de extrañar que se nos imputen todas estas cosas en los momentos actuales, pues en una ú otra forma ellos han de justificar que nosotros somos un estorbo para sus negocios. Lo diremos más claro para que se nos comprenda: los que en España tienen interés en apoyar al partido canalejista en el poder, los que se alían con todo bicho viviente en las altas esferas gubernamentales—según los discursos pronunciados por algunas gallináceas en el Congreso—, los que aquí en esta capital desempeñan el papel de rompehuelgas y se vanaglorian de ello ante el *Gallinero Nacional*, son los que califican de *malvados* é *infames* á los obreros que luchan por el mejoramiento económico de la clase á que pertenecen. ¡Qué vergüenza! ¡Cuánta farsa! ¡Qué poco escrupulosa es la mentira para esos filibusteros! ¡Son unos miserables!

Estos son los que en España pretenden implantar la libertad. ¡Embusteros! Antes de llegar al poder ya sois tiranos y por lo tanto nada se puede esperar de vosotros.

Sin mandar oficialmente ya empezáis por sacudir el látigo. ¿Qué será de los proletarios el día que implantéis vuestro régimen? Será precisamente lo que es en otros países: el azote del pueblo, el enemigo más encarnizado de los desheredados, del progreso y de la libertad que tanto preconizáis. Por la tanto, podéis continuar vuestra farsa; nosotros iremos laborando hasta conseguir aplastar para siempre todo lo que signifique explotación del hombre por el hombre. Seguid vuestra marcha calumniando á los que se defienden en medio de las calles por el mejoramiento moral y material del que sufre. Habéis querido demostrar que los que exponen su vida ante la fuerza republicana portuguesa son unos vendidos á la reacción, ¿se puede imaginar mayor infamia? No, y mil veces, no. ¿No estáis conformes con ejercer aquí el repugnante papel de interruptores de todo movimiento económico, que también pretendéis que vuestra voz atraviese la frontera? A pesar de todas las tramas, de todos los embustes, de todas las infamias, el obrero huye de la política é ingresa en las filas del sindicalismo, y lo mismo que ayer se rebeló contra el poder despótico de la monarquía, se rebela hoy contra la bárbara opresión de la república.

En Portugal hubo un *Joan Franco* que esclavizó al proletariado; en Madrid hay un *Franco Joan* que con su democracia nos ha retrocedido á los tiempos medioevales; aquí tenemos otro que no se llama *Joan* ni *Franco*, pero que según parece lo tiene todo pagado por el buen servicio que presta á la monarquía.

¡Aprended, obreros republicanos! No hagáis caso de aquellos que viven á costa de vuestro pellejo. No sirváis de comparsa á esa clase de gente que tan pronto sean poder harán lo mismo ó peor que los despóticos tiranuelos de la república portuguesa.

Detestad todas las ideas que tiendan á fabricar cadenas; no hagáis caso de los que mienten á sabiendas dirigiendo insultos á los huelguistas de Portugal y gritar con nosotros para ahuyentar el lobo: ¡Dichosos los pueblos que, cual el de Portugal, saben rebelarse contra todos sus tiranos!

Al Congreso de la Libertad

II

Sentado que el Congreso de la Libertad no es un poder del Estado y que los congresistas no son legisladores ni gobernantes, resulta que es, no puede ser más, una orientación, una determinación para la voluntad de futuros legisladores y gobernantes á la par que guía para la opinión pública.

En tal concepto, me atrevo á decirlo, perdóneseme la osadía en atención á mi buen propósito, sus organizadores se han quedado cortos, porque han dado á las deliberaciones temas ya resueltos teóricamente en nuestro país y hasta prácticamente en otros más adelantados. ¿Qué dirá, por ejemplo, Alomar sobre la abolición de la pena de muerte, que supere en grandiosidad y elocuencia, no sólo á todo lo pensado anteriormente sobre este tema, sino á cuanto se ha hecho, se ha dicho y se ha escrito recientemente sobre el asunto de Cullera? ¿Qué dirá la grandilocuencia de Melquiades Alvarez que iguale siquiera á lo que han pensado y sentido cuantos en España sufren por la ley de jurisdicciones, y en todas las naciones por la existencia de las leyes *scélérates* que en todo el mundo civilizado, en monarquías absolutas ó repúblicas radicales, ha promulgado el privilegio para su defensa contra los desheredados?

Y así sucesivamente, porque paréceme, y sea dicho sin ofensa, que Salillas no supera á los más notables criminalistas, ni Morayta á Combes, ni Morote á Naquet, ni la López de Ayala á Concepción Arenal, ni Antich irá mucho más lejos que Fernando Garrido, ni Giner de los Ríos excederá gran cosa del laicismo francés.

Y digo yo: ¿No hay en nuestros atavismos, en nuestras preocupaciones, en nuestras costumbres y en nuestra legislación algo que dificulte el ejercicio de la libertad, que obstruya la vía progresiva y que haya de ser destruído para dejar libre paso al progreso?

Por lo visto, para los autores del programa del próximo Congreso de la Libertad, en resolviendo con criterio liberal los ocho temas presentados, lo cual garantizan los nombres de los ponentes, la Libertad aparecerá esplendente, según la concepción admitida entre los artistas poco inspirados, que repiten en sus cuadros con fastidiosa frecuencia su medio sol radiante sobre la colina del último término.

A pesar de tanto liberalismo como orientación y, concediendo mucho, hasta legislación práctica, pueden surgir crisis económicas en que no haya pan para todos, y pueden darse muchos casos que me atrevo á simbolizar en uno, y es el siguiente:

Dijo Malthus que en el banquete de la vida no hay cubierto para todos. La idea «banquete» representa placer, ostentación y magnificencia: la imaginación se forja un salón resplandeciente de luz, oro y sederías; una mesa rica y apetitosamente servida, rodeada de elegantes y hermosas damas, obsequiadas por distinguidos caballeros, radiantes todos de alegría, que conversan desplegando ingenio y gracia, ó exclaman en elocuentes brindis, que se reciben con aplausos entusiastas.

Un hambriento presentado de repente, andrajoso, sucio, hirsuto, lanzando ávidas miradas á la comida y dirigiendo crispados ademanes á la actitud desconfiada y agresiva de los felices comensales, desentonaría horriblemente, y el intruso sería expulsado por la servidumbre.

¿Qué derecho podría invocar allí aquel hombre para saciar su hambre? No el de la fraternidad cristiana, porque ya cometió pecado de soberbia contra la humildad, virtud teologal, al no pedir limosna y presentarse amenazador, incurriendo por ello en la pena del fuego eterno; no el de la igualdad democrática, porque faltó á la ley, incurriendo en los delitos de allanamiento de morada y de amenaza, penados en el Código, capítulos V y VI, artículos 504 y 507, párrafo 2.° con arresto mayor y multa de 125 á 1,250 pesetas, más la agravación que por insolvente y vago pueda corresponderle. Si no se retira, si es un rebelde que asume en sí la inmanencia del derecho humano y exige su correspondiente participación en el patrimonio universal, la Iglesia le condena al infierno, el Estado, á presidio.

¿Qué haría con él, y por qué, el Congreso de la Libertad?

Es de esperar que, aparte de los temas propuestos por los organizadores, se presenten otros por iniciativa de los congresistas y alguno de ellos responda, no á mi pregunta, sino á mi deseo, mejor dicho, á la gran necesidad de poner la sociedad en condiciones viables y habitables, y esto como trabajo urgente, imprescindible por amor á la humanidad, por respeto á la justicia, por consideración á la ciencia, hasta por patriotismo, para que no resulte cierto lo que de las naciones moribundas han aplicado muchos á España, porque moribunda es toda nación que se empantana en un error, y nación viva, aunque sea pequeña y pobre, la que abre para sí y para la gran solidaridad humana vías prácticas hacia la realización del ideal.

ANSELMO LORENZO

Huelgas y repúblicas

Son dignos de estudio los comentarios que la prensa republicana española hace con motivo de la huelga general llevada á cabo por los trabajadores portugueses. Según ella, la ocasión es inoportuna y «hasta sospechosa», porque pudiera dar al traste con las instituciones republicanas de aquel país.

La sospecha que deslizan de que el proletariado organizado de Portugal crea obstáculos á la república con objeto de favorecer á la justamente destronada monarquía, es, sencillamente, una infamia. Los obreros sindicados únicamente para laborar en pro de su emancipación integral, están convencidos de que el Estado en cualquiera de sus diferentes manifestaciones, es opuesto á nuestras ansias emancipadoras. En este sentido hemos salido al paso á todos los embusteros que han dicho al pueblo que la república llenará todas sus aspiraciones, aconsejando que el tiempo y las energías que muchos obreros emplean en propagar el cambio de régimen político los empleen en cambiar el régimen social; así, al menos, trabajarán para ellos; pero jamás, ni en la prensa obrera, ni en las sociedades de resistencia se ha dicho ni aconsejado que con la monarquía se hayan de obtener ni más libertad, ni más beneficios que con la república.

Nosotros recordamos (cuando aun conservábamos algo de fe republicana), que en un mitin celebrado en la Rambla de Cataluña se prometía á los trabajadores la revolución social con la consiguiente destrucción de la propiedad, y al final del acto se levantó un caracterizado republicano, que era catedrático de la Universidad, y dijo que él quería ser sincero, y por tanto afirmaba que los republicanos nunca irían con los obreros á la revolución social, sino á la república.

Y bien: ¿es qué la forma de gobierno republicana satisface las legítimas aspiraciones del proletariado? No solamente no las satisface, sino que hace que aquéllos fascinados por los discursos creyeron de buena fe que el cambio de régimen político traería un cambio de régimen social, al ver fallidas sus ilusiones, el terrible desengaño que sufren, les coloca entre los que sinceramente trabajan por la completa emancipación de la humanidad.

De modo que no es el abuso de la libertad política que las instituciones conceden lo que les lleva á las luchas obreras; es que el desengaño de que la república *no puede* concederles lo que en tiempos de la monarquía les ofreció, les ha hecho ver claro y se han pasado del campo político al económico y los compañeros que ya se hallaban en éste han adquirido una nueva fuerza con la que se han creído capaces de dar la batalla al capital, y como el capital y el gobierno, tanto en Portugal como en Francia, como en España, se hallan identificados, claro está que al luchar contra el capital se ha de luchar contra el gobierno que á favor del capital pone todos los medios de que dispone. He aquí, por qué las luchas obreras son más intensas en los países republicanos que en los monárquicos.

El día que en España triunfe la república, todos los trabajadores que hayan atravesado el puente republicano, al ver que continúan en la misma situación que antes y que tanto á un lado como á otro del puente no hay más que explotación protegida por la autoridad, verán que su única salvación depende de la unión estrecha del proletariado para una acción común, y ocurrirá lo que ahora en Portugal, que al verse los trabajadores con nuevos refuerzos intentarán nuevos esfuerzos, importándoles un bledo que los fusiles dispuestos á impedir su acción sean republicanos ó monárquicos.

Las repúblicas, por otra parte, fuera de algún derecho político concedido en la *Gaceta*, pero suprimido casi siempre en la práctica, siguen contra los obreros inadaptados á su régimen los mismos procedimientos que las monarquías. Dígalo Francia, con sus ministros socialistas que encarcelan y ametrallan á los que tuvieron la candidez de creerlos cuando estaban en la oposición. Dígalo la república argentina que expulsa á los obreros por el sólo hecho de declararse en huelga. La joven república cubana que hace lo mismo con los que combaten en los periódicos á sus ministros, y, sin ir más lejos, recordemos la actuación de la república en España cuando ocurrieron los sucesos de Alcoy.

Pero con ocasión de la huelga general de Portugal algunos periódicos republicanos españoles están usando para desprestigiarla, de procedimientos jesuíticos; tal es el siguiente:

«Dícese que se ha presentado al jefe de policía un carbonario con documentos que prueban que un agitador de la huelga de Lisboa recibió días antes 30.000 duros para fomentarla».

Pero en el mismo artículo se les ha escapado la siguiente nota:

«Afirman los agitadores que el gobernador de Evora ha cobrado dinero de los propietarios para protegerles y quieren que se le instruya expediente.

Se han concentrado varias tropas en el gobierno militar, y á pesar de que el gobierno accede á la apertura de las sociedades de Evora, los huelguistas exigen la dimisión del gobernador y la libertad de los presos».

Y esta otra, que es algo más significativa:

La comisión ejecutiva de la Federación de Sindicatos Obreros ha hecho público el siguiente documento: «La comisión ejecutiva sindicalista y la Unión de Asociaciones de Lisboa, habían prevenido al gobierno de la gravedad que encerraban los sucesos de Evora y que tendían á extenderse y es en virtud de las opiniones manifestadas por las clases obreras, que la misma comisión y la Unión representan, que le atribuímos toda la responsabilidad de la situación que se agrava por la actitud del Gobierno que no quiere respetar la libertad de reunión y la libertad individual.

¿No puede ser la actitud de la prensa republicana española una habilidad para en el caso de que la república portuguesa sucumba, achacarlo á la actitud de los huelguistas y no á la ineptitud ó ambición de sus prohombre?

La necesidad de volver por los fueros de la verdad y más que nada el prestigio de nuestros compañeros portugueses nos obligan á llamar la atención sobre la política de Portugal, haciendo consideraciones que en otro caso no haríamos.

Desde que la revolución arrojó de Portugal á las odiosas instituciones no han podido entenderse las personalidades más significadas. Todos los que leen la prensa tendrán presente la Asamblea Constituyente con sus grandes discrepancias; los continuos cambios de ministros y hasta de ministerios y el alejamiento de las esferas gubernamentales de los hombres más prestigiosos, hasta el extremo de que el pueblo, el siempre noble y sacrificado, tuvo que intervenir en la actuación de la Asamblea y recriminar á ministros que por temor á los apóstrofes de los carbonarios, únicos leales y desinteresados defensores de la república, no se atrevían á salir del Parlamento.

La república portuguesa atraviesa igual situación desde su constitución, que la república española en 1873. En poco más de un año va gastando todos sus hombres, y si no se desprenden de sus egoismos y personalismos lo que conquistaron con tanto arrojo caerá en forma poco gallarda.

Si esto ocurriera—que lo lamentaríamos si había de resultar en favor de la monarquía—no sería culpa del proletariado militante, que con república ó monarquía viene igualmente obligado á laborar por su emancipación independientemente de la política; sería por la impotencia ó por las luchas intestinas de sus hombres, como cayó la república española.

Terminamos enviando un fraternal abrazo á los valientes camaradas portugueses que, si supieron hacer una revolución política, también saben hacer una revolución social.

Y ahí duele, republicanos españoles.

Cogidas al vuelo

Con la muerte del Dr. Esquerdo queda vacante una de las escasas plazas de buen político que existen en España.

Entre la masa de políticos que consideran el poder público como término de una carrera infinita de contemplaciones con los intereses creados y de traiciones al ideal, muy pocos se han conocido que profesaran con sinceridad el principio «el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales é imprescriptibles del hombre», sentado por la Revolución.

Hombre de ciencia, de energía y de bondad natural, aunque preocupado por el error que considera natural, necesaria é indispensable la existencia del Estado y desconoce la primacía, la superioridad y la consubstancialidad de la sociedad con el hombre, Esquerdo es merecedor de una mención especial, que entre los muertos eminentes de la época quizá no merezca más que Benot.

A Pi y Margall no llega, porque el autor de *La Reacción y la Revolución*, que es refulgente sol, opuso él mismo el apagaluces de su *Programa del Partido federal*, que sirve de pretexto á algunos despabilados y de entretenimiento á la masa de cándidos obreros republicanos.

He aquí un interesante episodio de la biografía de Esquerdo á la vez que gran alegato contra la pena de muerte:

«En una ocasión se dudaba de la razón de un famoso asesino. Esquerdo le estudió y le declaró loco. Otros dos médicos, por el contrario, certificaron su estado normal y el asesino subió al patíbulo. Al hacérsele la autopsia se le encontraron en su cerebro las huellas propias de la locura.

»Preguntado Esquerdo cómo aquellos médicos habían podido equivocarse tan torpemente y venir á ser proveedores del cadalso, se fijó en ellos, los observó, los diagnosticó y dijo á sus discípulos: Uno de esos médicos está loco.

»Tres años después ingresaba aquel médico en el manicomio del Dr. Esquerdo. El juez que sentenció al reo dimitió corroído por el remordimiento.»

***